ALGUNAS PERSPECTIVAS PASTORALES

CAPÍTULO SEXTO DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA "*AMORIS LÆTITIA*" DEL PAPA FRANCISCO

III PARTE: ILUMINAR CRISIS, ANGUSTIAS Y DIFICULTADES

(NÚMEROS 231-240)

P. MIGUEL PAZ LC

Iluminar crisis, angustias y dificultades

Cuando el vino se añeja con esta experiencia del camino, allí aparece, florece en toda su plenitud, la fidelidad de los pequeños momentos de la vida.

Esa fidelidad llena de sacrificios y de gozos va como floreciendo en la edad en que todo se pone añejo y los ojos se ponen brillantes al contemplar los hijos de sus hijos.

Esto supone haber sido capaces de superar juntos las crisis y los tiempos de angustia, sin escapar de los desafíos ni esconder las dificultades.

El desafío de las crisis

La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza.

Una crisis superada no lleva a una relación con menor intensidad sino a mejorar, asentar y madurar el vino de la unión.

No se convive para ser cada vez menos felices, sino para aprender a ser felices de un modo nuevo, a partir de las posibilidades que abre una nueva etapa.

Cada crisis un aprendizaje

Cada crisis implica un aprendizaje que permite incrementar la intensidad de la vida compartida, o al menos encontrar un nuevo sentido a la experiencia matrimonial.

Los matrimonios experimentados y formados deben estar dispuestos a acompañar a otros en este descubrimiento, de manera que las crisis no los asusten ni los lleven a tomar decisiones apresuradas.

La reacción inmediata es resistirse ante el desafío de una crisis, ponerse a la defensiva por sentir que escapa al propio control, porque muestra la insuficiencia de la propia manera de vivir, y eso incomoda.

Entonces se usa el recurso de negar los problemas, esconderlos, relativizar su importancia, apostar sólo al paso del tiempo.

Pero eso retarda la solución y lleva a consumir mucha energía en un ocultamiento inútil que complicará todavía más las cosas.

Los vínculos se van deteriorando y se va consolidando un aislamiento que daña la intimidad.

En una crisis no asumida, lo que más se perjudica es la comunicación.

De ese modo, poco a poco,

alguien que era «la persona que amo»

pasa a ser «quien me acompaña siempre en la vida»,

luego sólo «el padre o la madre de mis hijos»,

y, al final, «un extraño».

Para enfrentar una crisis se necesita estar presentes.

Es difícil, porque a veces las personas se aíslan para no manifestar lo que sienten, se arrinconan en el silencio mezquino y tramposo.

En estos momentos es necesario crear espacios para comunicarse de corazón a corazón.

El problema es que se vuelve más difícil comunicarse así en un momento de crisis si nunca se aprendió a hacerlo.

Es todo un arte que se aprende en tiempos de calma, para ponerlo en práctica en los tiempos duros.

Hay que ayudar a descubrir las causas más ocultas en los corazones de los cónyuges, y a enfrentarlas como un parto que pasará y dejará un nuevo tesoro.

El problema es que se vuelve más difícil comunicarse así en un momento de crisis si nunca se aprendió a hacerlo.

Es todo un arte que se aprende en tiempos de calma, para ponerlo en práctica en los tiempos duros.

Hay que ayudar a descubrir las causas más ocultas en los corazones de los cónyuges, y a enfrentarlas como un parto que pasará y dejará un nuevo tesoro.

Crisis comunes

Hay crisis comunes que suelen ocurrir en todos los matrimonios,

como la crisis de los comienzos, cuando hay que aprender a compatibilizar las diferencias y desprenderse de los padres;

o la crisis de la llegada del hijo, con sus nuevos desafíos emocionales;

la crisis de la crianza, que cambia los hábitos del matrimonio; la crisis de la adolescencia del hijo, que exige muchas energías, desestabiliza a los padres y a veces los enfrenta entre sí;

- la crisis del «nido vacío», que obliga a la pareja a mirarse nuevamente a sí misma;
- la crisis que se origina en la vejez de los padres de los cónyuges, que reclaman más presencia, cuidados y decisiones difíciles.
- Son situaciones exigentes, que provocan miedos, sentimientos de culpa, depresiones o cansancios que pueden afectar gravemente a la unión.

A estas se suman las crisis personales que inciden en la pareja, relacionadas con dificultades económicas, laborales, afectivas, sociales, espirituales.

Y se agregan circunstancias inesperadas que pueden alterar la vida familiar, y que exigen un camino de perdón y reconciliación.

Al mismo tiempo que intenta dar el paso del perdón, cada uno tiene que preguntarse con serena humildad si no ha creado las condiciones para exponer al otro a cometer ciertos errores.

Algunas familias sucumben cuando los cónyuges se culpan mutuamente,

pero la experiencia muestra que, con una ayuda adecuada y con la acción de reconciliación de la gracia, un gran porcentaje de crisis matrimoniales se superan de manera satisfactoria.

Saber perdonar y sentirse perdonados es una experiencia fundamental en la vida familia.

El difícil arte de la reconciliación, que requiere del sostén de la gracia, necesita la generosa colaboración de familiares y amigos, y a veces incluso de ayuda externa y profesional

Se ha vuelto frecuente que, cuando uno siente que no recibe lo que desea, o que no se cumple lo que soñaba, eso parece ser suficiente para dar fin a un matrimonio. Así no habrá matrimonio que dure.

A veces, para decidir que todo acabó basta una insatisfacción, una ausencia en un momento en que se necesitaba al otro, un orgullo herido o un temor difuso.

Hay situaciones propias de la inevitable fragilidad humana, a las cuales se otorga una carga emotiva demasiado grande.

Por ejemplo, la sensación de no ser completamente correspondido, los celos,

las diferencias que surjan entre los dos,

el atractivo que despiertan otras personas,

los nuevos intereses que tienden a apoderarse del corazón,

los cambios físicos del cónyuge,

y tantas otras cosas que, más que atentados contra el amor, son oportunidades que invitan a recrearlo una vez más.

En esas circunstancias, algunos tienen la madurez necesaria para volver a elegir al otro como compañero de camino, más allá de los límites de la relación, y aceptan con realismo que no pueda satisfacer todos los sueños acariciados.

Evitan considerarse los únicos mártires, valoran las pequeñas o limitadas posibilidades que les da la vida en familia y apuestan por fortalecer el vínculo en una construcción que llevará tiempo y esfuerzo.

A partir de una crisis se tiene la valentía

de buscar las raíces profundas de lo que está ocurriendo,

de volver a negociar los acuerdos básicos,

de encontrar un nuevo equilibrio

y de caminar juntos una etapa nueva.

De todos modos, reconociendo que la reconciliación es posible, hoy descubrimos que un ministerio dedicado a aquellos cuya relación matrimonial se ha roto parece particularmente urgente.

Viejas heridas

Es comprensible que en las familias haya muchas crisis cuando alguno de sus miembros no ha madurado su manera de relacionarse, porque no ha sanado heridas de alguna etapa de su vida.

La propia infancia o la propia adolescencia mal vividas son caldo de cultivo para crisis personales que terminan afectando al matrimonio.

El hecho es que a veces las personas necesitan realizar a los cuarenta años una maduración atrasada que debería haberse logrado al final de la adolescencia.

A veces se ama con un amor egocéntrico propio del niño, fijado en una etapa donde la realidad se distorsiona y se vive el capricho de que todo gire en torno al propio yo.

Es un amor insaciable, que grita o llora cuando no tiene lo que desea.

Otras veces se ama con un amor fijado en una etapa adolescente, marcado por la confrontación, la crítica ácida, el hábito de culpar a los otros, la lógica del sentimiento y de la fantasía,

donde los demás deben llenar los propios vacíos o seguir los propios caprichos.

Muchos terminan su niñez sin haber sentido jamás que son amados incondicionalmente, y eso lastima su capacidad de confiar y de entregarse.

Una relación mal vivida con los propios padres y hermanos, que nunca ha sido sanada, reaparece y daña la vida conyugal.

Entonces hay que hacer un proceso de liberación que jamás se enfrentó.

Cuando la relación entre los cónyuges no funciona bien, antes de tomar decisiones importantes conviene asegurarse de que cada uno haya hecho ese camino de curación de la propia historia.

Cada uno tiene que ser muy sincero consigo mismo para reconocer que su modo de vivir el amor tiene estas inmadureces.

Por más que parezca evidente que toda la culpa es del otro, nunca es posible superar una crisis esperando que sólo cambie el otro. También hay que preguntarse por las cosas que uno mismo podría madurar o sanar para favorecer la superación del conflicto.

¿ Dónde encontrarnos?

Nuestra **WEB**

- **www.evangelizaciondigital.org**

Twitter:

- **@EvangDigital**
- **@PaterAgustin**